

do interrumpían el festín intermedios variados, escenas de caza con halcón, cortas representaciones teatrales; el último de estos intermedios recordó á los invitados el objeto de su reunión: á una señal convenida, entró en la sala un elefante cubierto de telas de seda, llevando sobre su espalda á un escudero del príncipe, el famoso Oliverio de la Marche, vestido de mujer, en traje de luto, que significaba la «Santa Iglesia.» El elefante iba guiado por un gigante, un malvado sarraceno que tenía á la Iglesia cautiva, y al llegar delante del príncipe Oliverio pronunció un hermoso discurso en verso en demanda de protección. Después fuéle presentado á Felipe *el Bueno* un faisán vivo, adornado con un rico collar de oro, porque «en las grandes fiestas y nobles asambleas se presenta á los príncipes, á los señores y á los nobles el pavo real ó cualquier otra noble ave para hacer votos útiles y valederos.» Felipe y todos los caballeros presentes juraron ir á combatir al gran turco.

La caza y los torneos eran, en tiempo de paz, las válvulas que daban salida á la fuga brutal de la nobleza. Felipe *el Bueno* gastaba en su montería considerables sumas; tenía veinticuatro monteros y criados de perros en Borgoña y otros veinte en Brabante, todos espléndidamente pagados. En su corte celebrábanse de continuo justas y torneos y gustábale apasionadamente presidir aquellos juegos, con frecuencia sangrientos todavía, en los cuales los caballeros apagaban su amor infantil á la gloria mundana. En los siglos XII y XIII los torneos eran verdaderas batallas; en el XV constituían más bien espectáculos fastuosos cuyos detalles determinaban minuciosamente los reyes de armas y á los que precedían cinco días de ceremonias, no obstante lo cual la brutalidad caballeresca no era entonces menor que antes. Empleábanse solamente armas de punta roma; sin embargo, hubo ejemplos de «justas,» es decir, de combates singulares, con «hierro puntiagudo,» en la misma corte de Carlos VII. En 1447, Luis de Bueil y el escudero inglés Juan Chálons justaron de esta manera delante del rey; á la sexta carrera Luis de Bueil fué muerto. Dos años después, cuando el conde Saint-Pol hizo publicar su «paso de la Bella Peregrina,» el conde de Foix hubo de renunciar, por orden formal del rey, á recoger el guante.

El buen caballero Jacobo de Lalaing sufrió también los sofiones de Carlos VII, habiéndose prohibido que nadie acudiera al torneo que quería celebrar aquél en París el año de la muerte de Luis de Bueil. El joven Jacobo de Lalaing era la encarnación de la caballería borgoñona en todo lo que ésta tenía de ingenuamente ambiciosa y de ceremoniosamente valerosa; este don Quijote, que murió á la edad de treinta y dos años celebrado en toda la cristiandad como «la flor de los caballeros,» se pasó la vida buscando adversarios en Francia, Navarra, Castilla, Aragón, Portugal, Escocia, Inglaterra é Italia, «para alcanzar la alta virtud de proeza y buena fama,» y murió aplastada la cabeza por una bala de cañón combatiendo por su duque contra los ganteses sublevados. Su muerte produjo general sentimiento, porque era «dulce, humilde, amable, cortés, generoso, limosnero y compasivo.» Su epitafio le muestra adornado de una virtud excepcional: «Tomó como pilar de su gloria la castidad, porque sabía que la suciedad es contradictoria á ella.»

Esta contradicción, por lo general, no contenía á los hombres de pro del siglo XV. La doctrina del amor platónico expuesta en las obras didácticas de la época era de todo punto convencional: «Sabed, dice Guillermo de Lalaing á su hijo, que pocos hombres nobles han llegado á la alta virtud de proeza y buena fama si no han tenido dama ó doncella de quien estuvieran enamorados; pero guardaos, hijo mío, de que sea amor loco, pues en todos los días se convertiría para vos en gran villanía y reproche.» En realidad, el «amor loco,» el amor libre, era universalmente practicado, y los príncipes eran los primeros en dar el ejemplo: Carlos VII, al final de su vida, llevaba en su séquito una especie de serrallo; el rey Renato contribuyó á la repoblación de la Provenza; Felipe *el Bueno* sostuvo sucesivamente veinticuatro queridas y tenía «de bastardos y bastardas una muy hermosa compañía,» y el duque de Alenzón contaba entre sus criados á uno que le proveía abundantemente y que le vendió hasta á su propia hija. Durante los ocho últimos años del reinado de Carlos VII conocemos cincuenta y nueve letras de legitimación salidas de la cancillería real para absolver las más escandalosas uniones ilícitas. «El pecado de lujuria, dice Jacobo du Clercq, reinaba de una manera muy extraordinaria y sobre todo entre los príncipes y señores casados; y era el camarada más gentil el que mayor número de queridas tenía y sabía engañar.» El matrimonio era considerado entre la nobleza como un simple negocio de dinero y de conveniencia; las más enormes desproporciones de edad no asustaban á nadie, pues todos sabían buscarse compensaciones fuera de su casa. La reina María de Anjou daba á las mujeres engañadas el ejemplo de una serenidad poco común; así, por ejemplo, vemos que en 1455 envía, con motivo del año nuevo, magníficos regalos á la querida de su esposo, la señorita de Villequier.

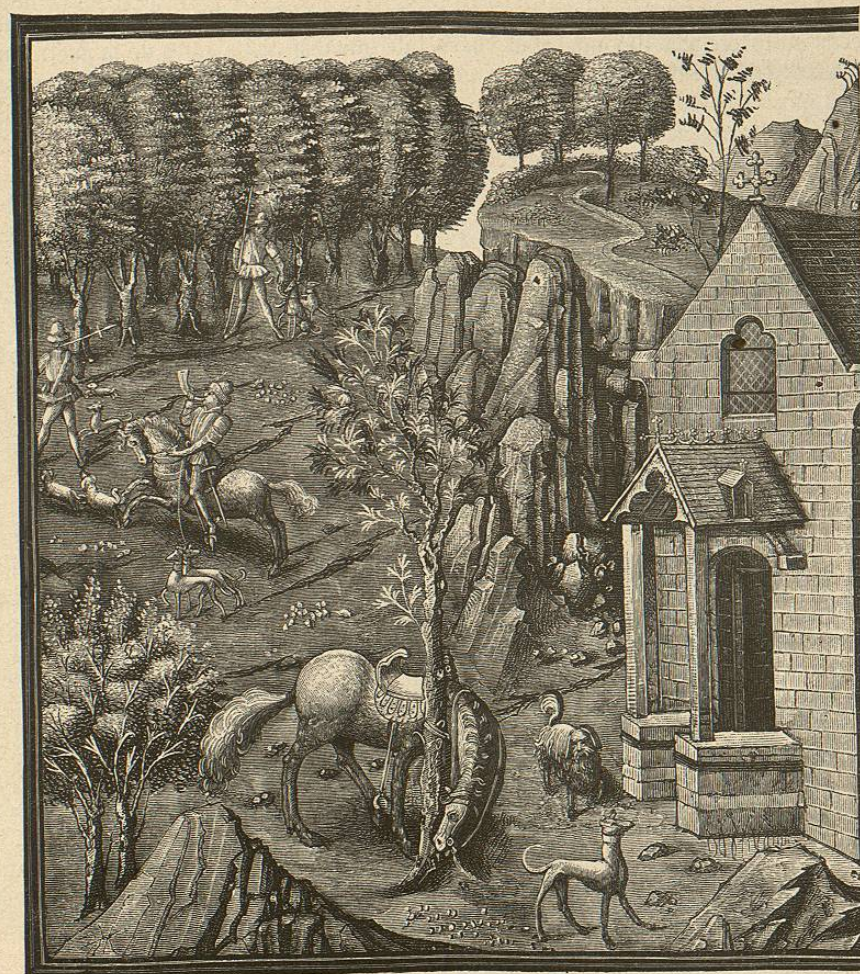
Las costumbres y las ideas de la sociedad cortesana del siglo XV, su culto de los hermosos trajes y de las joyas, su concepción á la vez convencional y brutal «del honor mundano,» su afición á las ceremonias y á los más fastidiosos detalles de la heráldica (1), sus juicios sobre la galantería y, por último, las críticas y los sarcasmos de la gente que desde fuera la veía agitarse presuntuosamente, todo esto revive en la *Histoire du petit Jehan de Saintré et de la Dame des Belles Cousines* (*Historia del pequeño Juan de Saintré y de la dama de las Belles Cousines*, escrita á fines del reinado de Carlos VII por Antonio de La Sale. La dama de las Belles Cousines es una viuda joven y muy rica á quien el autor coloca en la corte del rey Juan *el Bueno* y que trata de formar un adolescente que más adelante le haga honor: «quería hacer en este mundo de algún joven caballero ó escudero un hombre de fama.» Se fija en Juan de Saintré, pajecito de trece años, bastante pobre y muy cándido, que hasta entonces «no había sentido ni gustado ningún deseo amoroso,» y después de haberse burlado de él en unión de sus criadas, lo seduce, lo adocina y le enseña los preceptos del amor platónico y de la cortesía con gran lujo de citas pedantescas. Con-

(1) Las principales publicaciones sobre el blasón en el siglo XV son las de Vallet de Viriville, *L'Armorial de Gilles Le Bouvier dit Berry*, 1866, y de Loredano Larchey, *Ancien armorial equestre de la Toison d'or*, 1890.

tida en «dama de los amores» de aquel querubín, le da citas muy secretas, porque el secreto es el condimento indispensable de la galantería caballeresca: «Cuando veáis, le dice, que me limpio los dientes con un alfiler, será señal de que quiero hablar con vos.» Durante aquellas entrevistas le colma de besos y de regalos, pues en el siglo XV el amante pobre es mantenido por su querida, á la que sirve algo como criado.

del disgusto que la noticia le produce, y durante la ausencia de su amigo se retira á sus tierras.

Un monasterio cuya patrona era, tenía por abad á «un monje alto, grueso y de robusto cuerpo,» el cual la recibió en su abadía, la convidó á comer, la obsequió mucho y ella quedó prendada de él. Al regresar á su casa, la dama de las Belles Cousines «no cesó en toda la noche de quejarse, de gemir y suspirar, tantos deseos



Una cacería en el siglo XV. Miniatura de la obra *Miracles de Nostre Dame*, de Juan Mielot. (Biblioteca de la Universidad de Oxford.)

Al fin Juan termina su período de paje y empieza su vida caballeresca; su dama le ciñe el brazo con un rico brazalete y él se obliga á ir á España á luchar con todo caballero que quiera «libertarle,» quitarle aquella joya. Entonces comienza la serie de justas victoriosas de las que salen siempre heridos los enemigos de Saintré, perdiendo el uno el pie, quedando el otro con la mano mutilada y otros desfallecidos á consecuencia de la pérdida de sangre. Nuestro héroe parte para Oriente y mata con sus propias manos al Gran Turco; su gloria no tiene igual, y la dama de las Belles Cousines le reserva á su regreso la más cariñosa acogida, porque no ha hecho más que seguir sus consejos y obedecer sus órdenes. Pero el pequeño Juan de Saintré se emancipa, y sin consultar á su dama resuelve partir por tres años con cuatro caballeros y cinco escuderos á fin de ir en busca de duelos á muerte; y cuando entera de ello á la de Belles Cousines, ésta cae enferma á consecuencia

sentía de volver á ver al señor abad.» Por fin le mandó llamar diciendo que quería confesarse con él, y «muy honradamente y con todo honor, en juego noble, el señor abad la confesó muy dulcemente.»

Saintré á su vuelta la encuentra cazando en compañía del monje, é ignorante de los deslices de su dama, se queda muy asombrado de que ésta le rechace. El abad invita irónicamente al joven señor á comer: durante la comida, el abad, con gran contentamiento de su querida, se burla de los caballeros cortesanos que para conquistar los favores de las damas «lloran, suspiran y gimen y luego se van de una á otra y acometen una *emprise* (1) de una liga, de un brazalete, de una rodela, de una copa, ¿qué sé yo?» Estos caballeros se hacen dar mucho dinero y se van á calentarse en Alemania ó á darse buena vida en España. «Después tie-

(1) Empresa caballeresca, cuyo signo era un objeto dado por la dama.

nen un viejo ministril ó trompeta que lleva un viejo esmalte, y le dan alguno de sus viejos vestidos; y grita en la corte: «¡Monseñor ha ganado! ¡Monseñor ha ganado como valiente el premio del torneo!» El señor de Saintré, después de haber tenido que sufrir durante una larga comida las burlas de su rival y de la dama de las Belles Cousines, se ve obligado á aceptar una lucha con el abad, á pesar de resistirse á ello porque no ha practicado juegos de villanos. El monje se suelta alegremente los calzones, y antes del combate saluda á su dama. «Y hecha su reverencia dió una gran vuelta lanzando ruidosas carcajadas, saltando en el aire y mostrando sus gruesos muslos peludos y velludos como un oso.» De un golpe derriba dos veces seguidas al caballero; «y luego dice á la dama: *Juez nuestro, ¿he cumplido mi deber? ¿Quién es el más leal?—¿Quién es?*, dice la dama, *vos que le habéis ganado.*»

Estas páginas fueron escritas por Antonio de La Sale en 1459 en Genappe, es decir, en la pequeña corte del delfín Luis, el cual, por estar reñido con su padre, vivía en Brabante de una pensión que le pasaba el duque de Borgoña. Cuando el abad se burla de la *emprise*, de las justas y de todas las puerilidades caballerescas, nos parece estar oyendo al mismo Luis XI, rey burgués, el único soberano de la Edad media que detestó francamente el espíritu feudal y las costumbres nobiliarias: si Antonio de La Sale, autor de un serio *Traité des anciens tournois et faits d'armes*, consagró tanto espacio á los sarcasmos del abad contra los paladines, fué probablemente muy contra su voluntad y sólo por dar gusto á su protector. Hay que tener en cuenta que la *Histoire du petit Jehan de Saintré* fué compuesta á ruegos de Juan de Anjou, duque de Calabria, y solemnemente dedicada á este paladín que toda su vida se inspiró en las doctrinas caballerescas. Por otra parte, nuestro autor, al final del libro, venga á Saintré y á la caballería: el señor abad, invitado á comer por el que un día fué su víctima, se ve obligado á aceptar una justa en toda regla, y en presencia de la dama de las Belles Cousines Saintré lo derriba y con su daga le atraviesa la lengua y las mejillas; y por último, delante de toda la corte real, el caballero denuncia la felonía de su dama: el «honor mundano» y el amor puro están vengados. No es cierto, pues, que Antonio de La Sale haya querido tocar á muertos por la caballería empenachada; á bien que faltaba todavía mucho para que ésta muriera.

CAPITULO III

EL CLERO Y LA RELIGIÓN

- I. Resultados de la guerra de Cien Años para la Iglesia de Francia.
—II. Perversiones del sentimiento religioso. La hechicería.
—III. La piedad. Los misterios.—IV. La caridad. Los hospitales.

I.—Resultados de la guerra de Cien Años para la Iglesia de Francia (1)

El clero de Francia habíase visto reducido durante la guerra de Cien Años á los más duros extremos. Sus establecimientos, raramente fortificados, habían sido saqueados en todas partes y á menudo totalmente des-

(1) FUENTES.—Denifle, *La désolation des églises, monastères et hôpitaux de France pendant la guerre de Cent Ans*, tomo I,

truídos; las rentas territoriales y los diezmos de que vivía habían quedado reducidos á nada, y muchos párrocos rurales, beneficiados y religiosos no tenían de qué comer. Los efectos de esta miseria habían de ser muy duraderos, y aunque el clero hizo grandes esfuerzos para reedificar sus iglesias, obtuvo mucho dinero de la piedad de los fieles é intentó multitud de pleitos para recobrar la posesión de sus bienes, tenemos pruebas de que en muchos puntos fué impotente para reparar tantos desastres y de que no recuperó el poder material de que disfrutaba antes de la guerra inglesa (2).

Las miserias de la guerra fueron también causa de que aumentara el abuso de la acumulación de beneficios que se observaba en toda la Iglesia, pues habiendo sufrido una reducción enorme las rentas de todos los obispados, de todas las abadías y de todos los cabildos, cada cual procuraba compensar aquella pérdida por medio de la acumulación. Los prelados más favorecidos hacíanse atribuir el mayor número posible de grandes beneficios y no se cuidaban más que de percibir las rentas de los mismos. Muchas abadías no veían nunca á su abad, y la mayoría de los obispos no residían en sus diócesis, sino lejos de sus ovejas, al servicio de un rey ó de un príncipe, ó pasaban su existencia en el extranjero. Regnault de Chartres, arzobispo de Reims, canciller de Carlos VII, hizo muy pocas visitas á sus diócesanos; era al mismo tiempo obispo de Mende y jamás pareció por allí. El cardenal de Estouteville, que habitaba en Italia y poseía en ella varios obispados, era obispo de Saint-Jean-de-Maurienne, de Digne y de Beziers, arzobispo de Ruán, abad de Saint-Ouen de Ruán, de Jumièges, de Montebourg y del Mont-Saint-Michel, prior de Saint-Martin-des-Champs de París, de Grandmont y de Beaumont-en-Auge. Como los obispos estaban encargados de conferir las órdenes, su ausencia dificultaba el reclutamiento del clero; las abadías y las diócesis carecían de dirección y las rentas eclesiásticas se concentraban en manos de algunos grandes personajes, sin ningún provecho material ni moral para la comarca que las pagaba.

La guerra había desorganizado el clero secular: en el campo, muchas parroquias no tenían párroco; en muchas otras, el titular residía fuera y había alquilado su curato á uno ó á varios sacerdotes que, con frecuencia, tampoco vivían en él. Durante la Edad media, siempre habían motivado quejas la grosería y los vicios de los curas rurales. Todos estos males, que carcomieron la

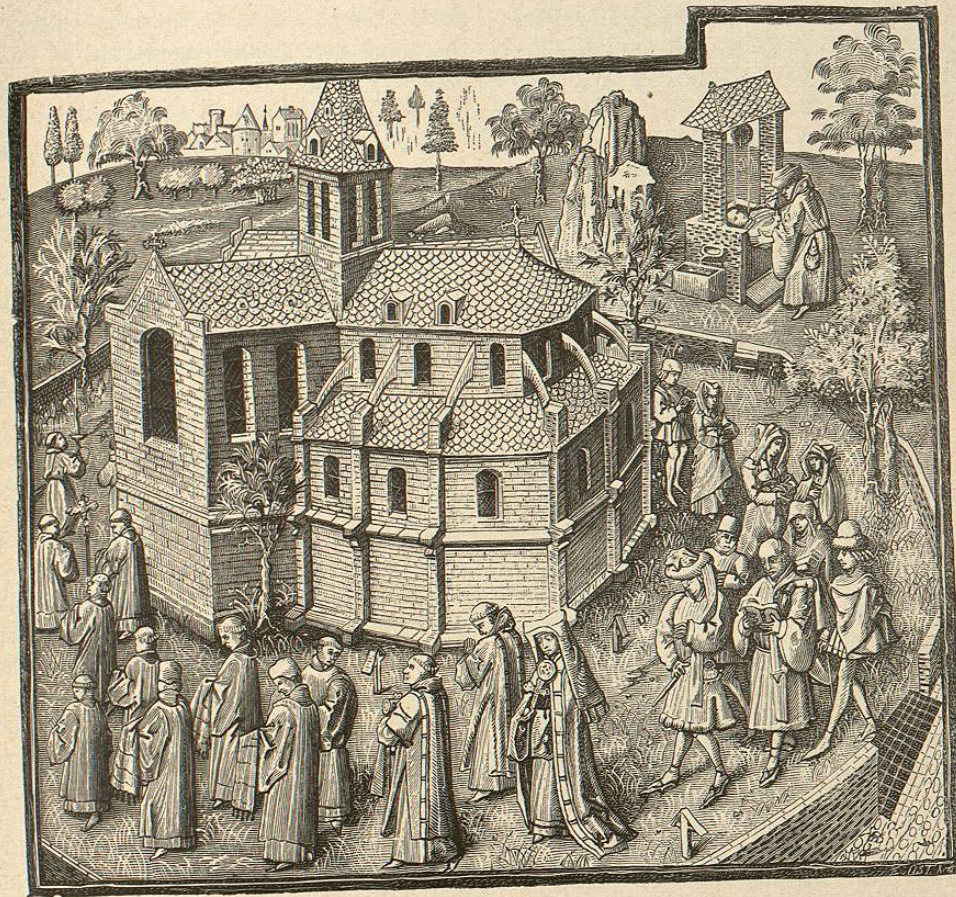
1897. G. Dupont, *Le registre de l'officialité de Cerisy*, «Mémoires de la Société des Antiquaires de Normandie», tomo XXX, 1880. Nicolás de Clamanges, *De corrupto Ecclesiae statu* (N. de Clemaniis opera, 1613). Marcial de Auvergne, *Vigiles de Charles VII*, tomo II. *Chronique du Bec*, edición Porée, 1883.

OBRAS DE CONSULTA.—Padre Alliot, *Visites archidiaconales à Corbeil et Essonne au XV^e siècle*. «Annales de la Société archéologique du Gâtinais», 1891. Simonnet, *Le clergé en Bourgogne*, «Mémoires de l'Académie de Dijón» 1865. B. Palustre, *La Réforme de l'ordre de Fontevrault*, «Positions des Theses de l'Ecole des Chartes», 1897. Depoin, *Livre de raison de l'abbaye de Saint-Martin de Pontoise*, 1900. Las historias de abadías, especialmente: Ch. de Lasteurie, *L'abbaye de Saint-Martial de Limoges*, 1901. Piaget, *Martin Le Franc*, 1888, cap. V.

(2) Véase en Denis, *Lectures sur l'histoire de l'agriculture*, 1880, pág. 212, las tierras incultas cedidas por los benedictinos de Jouarre á plebeyos, sobre todo á burgueses enriquecidos, que las pusieron nuevamente en cultivo.

Iglesia hasta el tiempo de la Reforma, se agravaron con el Gran Cisma y sobre todo con la guerra de Cien Años y el desencadenamiento de barbarie que la acompañó. El corazón del sacerdote se endurecía y los clérigos hacíanse á menudo comerciantes ó usureros, habiéndose, en una palabra, familiarizado con todos los vicios y con todas las violencias. Cuando se hojean las colecciones de letras de remisión, se ve manifestamente que el libertinaje de los párrocos rurales, que corrompían á las

ficante. La colación del obispado de Albi dió lugar á una lucha sangrienta entre ambos competidores, de 1434 á 1462: la ciudad de Albi fué sucesivamente ocupada militarmente por Roberto Dauphin, candidato del papa, y por Bernardo de Casilhac, electo del cabildo; el primero tomó á sueldo á Rodrigo de Villandrando, que devastó toda la comarca; el segundo, á su vez, saqueó los arrabales de la población. Aquella lucha no terminó hasta que murió uno de los dos rivales.



Procesión alrededor de una iglesia. Miniatura de la obra *Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot. (Biblioteca de la Universidad de Oxford.)

mujeres y desafiaban á los maridos, no era entonces un escándalo excepcional, sino un hecho muy frecuente que á nadie sorprendía. El mal era tan hondo que mucha gente sólo veía para él un remedio, el matrimonio de los clérigos: «¿Qué consecuencias ha traído la constitución de no casarse los sacerdotes, exclamaba Alain Chartier, sino convertir en adulterina la sucesión legítima y la honesta cohabitación con una sola esposa en multiplicación de escandalosa lujuria?» Mucho peor todavía era la vida de los párrocos á quienes la guerra había arrancado de sus diócesis y la de los clérigos sin protectores condenados á una existencia vagabunda. En los más diversos documentos se encuentran sacerdotes falsarios, ladrones, asesinos, mezclados en las filas de los desolladores ó bien rodando por los garitos de las grandes ciudades y afiliados á cuadrillas de rateros nocturnos.

El ejemplo de los vicios y de las violencias venía de arriba, ya que el prelado más rico de aquella época, el cardenal de Estouteville, hacía una vida muy poco edi-

El clero regular no se repuso de los desastres que experimentó en aquel entonces: «El enemigo del género humano, dice el trigésimo cuarto canon del concilio celebrado en Ruán en 1445, ha inferido numerosas heridas á las órdenes religiosas.» Estas, en efecto, estaban arruinadas, dispersas, desacreditadas. Cerráronse una multitud de prioratos y muchos capítulos se secularizaron. En Saint-Martial-de-Limoges los monjes no seguían regla alguna; una familia de la clase media de Treignac, los Jouviñon, proporcionaba sucesivamente los abades y se repartía las diferentes dignidades del monasterio. Tenemos numerosos ejemplos de abadías, en otro tiempo famosas por sus antiguas riquezas, que en el siglo xv están desiertas. La célebre abadía de Moissac, metrópoli de la orden de Cluny en Langüedoc, que á fines del siglo xiiii contaba ciento veinte monjes, no tenía más que veinte en 1449; el monasterio de Longpont sólo podía alimentar á un abad y tres religiosos, y otros muchos estaban completamente abandonados, como, por ejemplo, la pequeña abadía de la Roche. Te-